

Crónica 14 Rajputana “tierra de reyes” (Traducción del original en catalán)

Es la una menos cuarto de la madrugada; mas desvelados que nunca, asomamos la cabeza pegando saltitos por entre los carteles de taxistas y trabajadores de los hoteles que vienen a recoger a los turistas de los vuelos internacionales. Parece extraño, ahora nos esperamos haciendo broma con este grupo de personajes uniformados, los mismos oportunistas de noveles que el día de nuestra llegada nos atemorizaron con los gritos, las prisas y las miradas desconocidas. Estamos inquietos, tememos errar en la hora o en el lugar del encuentro. Conturbados reconocemos los movimientos del cuerpo del Albertito, nuestro amigo de Ripoll que hasta ahora nos ayudaba en las tareas de comunicación del proyecto volabola. Hace diez días que perdió el juicio y en un arranque de lucidez, decidió tachar uno de los retos anuales de su lista de cosas a hacer antes de perecer, y ahora está aquí. No paramos de charlar y abrazarnos hasta que caímos rendidos a altas horas de la madrugada, abriendo con delirio los paquetes y oliendo con instinto animal las longanizas, los libros y el olor de la ropa limpia de nuestra casa.

No nos entretenemos, sólo disponemos de un par de semanas para gozar del Rajastan y casi sin dejarlo reanimar del viaje, ya nos metemos en un tren nocturno que nos despertará en Mount Abu. Reímos observando las reacciones del Albertito estupefacto por el comportamiento atolondrado de la masa de pasajeros que se lanza para colgarse de las aberturas del tren. Las prisas de los que quieren subir y el pánico de los que creen que no tendrán tiempo de bajar, hace que por breves instantes las aberturas de los vagones sean un espectáculo salvaje de empujones, gritos y golpes de codos. Después de una clase acelerada de pautas de comportamiento hindú, ya lo tenemos escupiendo y eructando extrañado de no provocar la menor reacción entre los compañeros de viaje. Esta vez nos sentamos con una familia sorprendente, un padre y una madre bajo los efectos del enamoramiento, una de las pocas parejas a la que hemos visto gozar públicamente de su buena avenencia. Hablando y riendo toda la noche mientras velaban a sus hijos, dos pequeños muy rechonchos que roncaban con los ojos abiertos y chillaban de terror cada vez que sus progenitores los acercaban a nosotros.

Dos hombres vestidos de un blanco inmaculado y con una pegatina celestial de *Om Shanti* han intentado convertirnos en hijos de la luz, adeptos de la secta espiritual de los Brahma Kumaris. Según los sermones que nos han dedicado parece ser que aguardan el fin del mundo dentro de unos treinticinco años. Bajo los deseos de un tal Bapdada y la mother Jagadamba, estos individuos se creen servidores del dios Shiva, portadores de la luz del único dios. Esperan ansiosos la destrucción del mundo impuro y la redención de todos los seguidores iluminados que han hecho méritos sirviendo a la comunidad y alejándose de las impurezas de la vida mundana: imágenes obscenas, sexo, tabaco, carne y alcohol. Se sientan con las piernas cruzadas protegidos de la polvareda del tren con un papel de periódico, mirando a la gente de su alrededor con la expresión omnipotente del que cree haber visualizado a dios y a la luz interior. Abstraídos en su mundo, arreglan con sumo cuidado una maleta llena de toallas blancas y cálices, meditan con la felicidad del que ha encontrado el sentido de su existencia y la seguridad serena del que posee la verdad absoluta.

El paisaje es muy seco, rastrojos de hierba, polvo y piedras. Las casas son unos cubos de cemento blanqueados y agrietados por el sol, los hombres visten con unos pesados turbantes enroscados en la cabeza y las mujeres se mueven con amplias faldas de vivos colores repletas de trozos de espejos y colgantes metálicos, volean velos fluorescentes y tintinean los brazaletes en sus tobillos. Para nosotros es un espectáculo exótico de colores y pieles morenas sobre un fondo desértico, pero estas vestimentas delatan el firme lenguaje de las castas.

Rajastan, el segundo estado mayor de la India, centralizado en el 1949 con la unión de los 22 reinos feudales, tierra de *rajputanas*, hijos de príncipes y guerreros de dudosa procedencia,

dignificados como gobernantes en las ceremonias ancestrales del *yagna agnikund*, ritual del fuego purificante, encendido por los viejos sabios en la cima de las mismas peñas rocosas que ahora contemplamos. Eran héroes bélicos de deseos excéntricos, enriquecidos con los impuestos recaudados a las caravanas de la ruta de la seda, venerados por la población como descendientes del sol y de la luna y aislados dentro de sus palacios de cúpulas abombadas y concubinas.

Llegamos a Abu road, el autobús local nos remonta directamente por las montañas de Aravalli, encaramados entre las tierras del Dhundar y el desierto de Thar cruzamos crestas de roca escarpada. Un paisaje de tierra gris salteado con troncos de árboles desnudos, son raíces y ramas pulidas de un tono blanquecino que se retuercen agarrándose donde pueden. En medio de esta extraña naturaleza, emergen algunas comunidades rurales modeladas con barro y festejando un pozo, palmeras de hoja corta y un riachuelo estancado. Mount Abu queda escondido tras estas deformidades graníticas. Dice la leyenda que los dioses hindúes rasgaron las piedras con el *nakh* la uña del dedo pulgar, y brotaron chorros de agua llenando el lago Nakki, convirtiendo este lugar en el sitio más fresco de la región. Los antiguos maharajás iban a veranear y los británicos construyeron sanatorios para los soldados que enloquecían bajo los calores de la India. Ahora es el pueblo de las lunas de miel, jóvenes parejas hindúes de clase alta se pasean guarnecidos con brazaletes de oro y *mehandi*, las cenefas de henna que decoran manos y pies. Los chicos caminan vanidosos espiando de reojo cómo se mueve la chica que les ha tocado, ellas lucen sus mejores vestidos y andan tambaleando sensualmente sobre sus primeros zapatos de tacón, se miran con timidez, se sientan en los columpios y compran sus primeros vestidos de mujer casada. Ellos se desviven en atenciones y cumplidos y ellas aceptan los halagos, respondiendo al juego de la seducción con balanceos de cabellera, sonrisas y caras de inocencia. Es la emoción de la primera noche, las primeras conversaciones con alguien que no conocen y a quién han estado encadenadas de por vida por un acuerdo entre familias, escogidos de entre las amistades o los compromisos de los padres, han sido presentados pocas horas antes del casamiento y ahora, gracias a la benevolencia de los dioses se enamoraran y crearan descendencia. Posiblemente es esta firme aceptación de las tradiciones y la fe en las divinidades que acentúa los efectos de la autosugestión enamoradiza. Todo el pueblo está preparado para recibir esta ola de clientes; habitaciones de las hosterías con luz roja; corazones fluorescentes colgados en los toldos de las tiendas, callejuelas cargadas de tiendas de recuerdos, fotógrafos que inmortalizan este momento retratando a la pareja con los vestidos tradicionales de princesas y maharajás; barquillas que rodean el lago, pintadas de amor sobre las rocas y el honeymoon point, un rincón al abrigo de las miradas curiosas con vistas hacia la inmensidad de la tierra llana. Contorneamos el lago por el callejón de cemento, unos hombres con bombachos y turbante nos quieren cargar sobre una carretilla, somos doblemente más corpulentos que ellos, les hacemos desistir de sus intenciones y nos evadimos intercambiando una retahíla de saludos en hindú.

Un grupo de chicos y chicas alborotados nos gritan desde el otro lado de las rocas, suben decididos a presentarse. Es una especie de locura colectiva, gritan, cantan y bailan, nos arrastran dentro de este fervor endemoniado que no entendemos de dónde ha salido. El amor infinito de los borrachos, abrazos y chillidos de alegría con un grupo de gente que no conocemos y que cada vez son más. Nos guarnecen con caretas, gafas y narizotas e improvisan un baile sobre las rocas del lago, un súbito intercambio de danzas y canciones. Son la orquesta Yamaha y actúan esta noche en el Hotel Hilton para animar la velada a los asistentes al congreso de insecticidas. Todo ello, un estallido impulsivo de emoción surrealista que se termina de golpe, tal y como ha comenzado. No tenemos ningún argumento lógico que pueda argumentar este encuentro, ni podemos afirmar que sea una pauta de comportamiento extendida, simplemente una fiesta de diez minutos entre un montón de personas que nos atraemos admirados por nuestras diferencias.

Proseguimos el recorrido como si un hubiera sucedido nada, nos adelantan un grupo de hermanos de la luz atareados con sus quebraderos de cabeza, unos pequeñuelos empujando una carreta gigante por entre las vacas adormecidas y un grupo de *shadus* montados en un todoterreno nuevo a relucir; estos contrastes nos despistan, hace pocos instantes que acabamos de pasar delante de las cabañas de los santones seminómadas, que se reponen de las largas caminatas bajo las cavidades de la roca, y ahora unos coetáneos suyos ahuyentan a bocinazos a todo el que se cruza en su camino. Nos detiene una madre mostrando las heridas y la suciedad incrustada en la piel de sus hijos, los tiene bien adiestrados, todos alargan la mano, tiran de nuestras mangas y enseñan la infección de los dedos de su hermana pequeña. Es una evidencia tan perversa, son los niños nacidos para pedir limosna; las heridas, mutilaciones y suciedades, son parte del cebo real para recaudar algunas rupias, como un oficio que se transmite de padres a hijos.

Resulta curioso, pero las compañías de autobuses privados, ofrecen los mismos servicios a mejor precio que los transportes del gobierno, reservamos tres plazas y abandonamos el pueblo de las primeras desfloraciones. Compartimos el trayecto con un grupo de parejas representativas de los hechos, algunos ya han sido oídos por los dioses y están en un estado de enamoramiento sugestivo, otros han perdido el encanto del día anterior, las ansias de seducir y de mostrar lo mejor de uno mismo, han abierto un silencio espeluznante. Caras de sueño, de satisfacción y alguna mirada perdida quizás consciente de este encadenamiento ficticio pero irreversible a que están destinados. Las curvas han sacudido el estómago de muchas mujeres, quizás aprovechan para vomitar la furia de la resignación, pero ahora las cabelleras negras cuelgan desordenadas por las ventanas del autobús, entre hipos y vómitos, algunas se afanan en reponerse del susto enjugándose refinadas con un pañuelo y otras se recrean en la indisposición para comprobar la atención de sus maridos. El chico de delante de nosotros, hace rato que duerme y a su compañera ya no le queda nada en el estómago.

Cruzamos tierras secas, un panorama desértico de piedra y polvo. Seis horas zarandeados y fascinados por las comunidades rurales que sobreviven en medio de la nada. Hombres, mujeres y animales tumbados en la sombra agotando la vida. Un rebaño de camellos salvajes se borra en la tonalidad arenosa del desierto y un círculo de palmeras nos hace recordar una imagen que nuestra mente debe tener archivada de documentales o fotografías de desiertos; sin haber visto ninguna la hemos reconocido e integrado no como una primera visión de algo, sino como el hallazgo paradójico de lo que ya existía y sencillamente hemos reconocido.

Llegamos a Udaipur, la ciudad blanca, parece que hemos viajado en el tiempo dentro de los cuentos de las mil y una noches. Calles estrechas, palacios enjalbegados con cúpulas doradas, arcos de ondulaciones dentadas, camellos guarnecidos con cascabeles, elefantes maquillados, ropas de colores y zapatos de príncipe terminados en punta. Un rickshaw nos zarandea por el casco antiguo, es una carrera frenética de vehículos, personas y animales que se empujan dentro del callejón del mercado de las verduras. Los puestos de dulces lucen unos calderos gigantes llenos de aceite donde cuecen las golosinas de mantequilla. Saltamos de gremio y pasamos por la calle de los joyeros y tiendas de antigüedades, son recintos diminutos con las paredes cargadas de ornamentos y el suelo cubierto con un colchón donde se acomoda el amo esperando. Saturados de colores, cruzamos la calle de los vendedores de televisores y adivinamos desde lejos las tiendas de títeres, postales e Internet que delatan el asentamiento de la comunidad de viajeros. Nos deja cerca del lago Pichola, ocho kilómetros cuadrados llenos de agua y rodeados por palacios y *havelis*, mansiones enlucidas que se escalonan sumergiéndose dentro de la ribera. Dos palacios asoman en medio del lago, son antiguas residencias de reyes, convertidas ahora en hoteles de lujo. Dicen que aún vive el rey número setentiséis de la dinastía de los Mewar, y como todos los otros *maharajáes* y *nababs*, despojados de su poder político, descansa sin ninguna penuria con los ingresos que obtiene de las grandes compañías que le han alquilado los palacios y las mansiones. Quizá de vez en

cuanto recuerdan con nostalgia las épocas del *Mujra*, la sugestiva danza rajestaní bailada por las *tawaiifs*, con movimientos sensuales de manos, golpes de cadera y cabellera en un insinuante juego de velos; o se retuercen arrepentidos de haber saciado sus deseos más excéntricos, sumergidos en una opulencia inmoral que degradaba a la población y extinguía la fauna animal. Morían de aburrimiento, agotando sus macabros y lujuriosos vicios, mientras la imaginación popular mitificaba sus gestas, un legado de leyendas de diamantes, elefantes y velos que se ha extendido por todos los continentes, haciendo que ahora contrastemos los vestigios de este escenario con unos recuerdos imaginarios.

Vemos colores, turbantes enroscados, babuchas y fachadas enjalbegadas, horadadas con decenas de arcos moriscos. Un músico callejero rasga las dos cuerdas de su *ravanhata*, se sienta buscando el frescor de un patio interior y se queda hipnotizado por su mismo son, mirando de lejos las colinas del desierto. Las antiguas mansiones son casas de huéspedes. Trepamos por las escaleras retorcidas de una *havelis*, seguimos un cartel que anuncia la proyección de la película Octopussi, llegamos a la azotea, increíble. La ciudad de Udaipur vista desde el cielo, miles de terrados blanqueados, pequeños cuadrados con ropas tendidas de colores. Un mundo en paralelo donde las chicas se desenredan los cabellos, se salpican riendo y jugueteando. Casi arañamos el cielo, abajo un rompecabezas de cubos vivos, el lago y el desierto.

Anochece y siguiendo el ritual de cada noche las pantallas de las azoteas se llenan orgullosas de imágenes de James Bond, reconocemos emocionados las calles donde se rodó la carrera de rickshaws y el palacio Jag Niwas. Estallan los primeros petardos del Holy, el festival hindú del agua y el color, celebrado durante la *Phalguna*, el calendario de la luna llena. Hemos entendido que celebrábamos la llegada de la primavera, así como la virtud de una diosa que se lanzó a la pira funeraria de su marido, consagrando así el *sati*, el atributo femenino de toda buena esposa que se quita la vida para acompañar a su cónyuge a la ultratumba. Durante toda la tarde las calles estaban llenas de paja, pequeños y mayores se afanaban en hacer unos manojos atados con cordeles recubriendo un montón de mástiles. Con pico y pala, han levantado reliquias de asfalto de las calles de la ciudad, y en cada cruce han plantado una antorcha de paja. Dicen que con el encendido de las hogueras, reviven la destrucción del malvado demonio Holika; Expectantes, con un ojo en la pantalla y el otro sobre las hogueras que queman en la ciudad, aguardamos pacientes a que pase algo. Sobresaltados de súbito por unos gritos y ruido de sillas caídas, vemos huir a un pobre langur que se escapa del bullicio de las calles; saltando por las azoteas, ha brincado sobre una mesa y los gritos de la pareja que cenaba lo han asustado más que los petardos, ha enloquecido atrapado entre occidentales petrificados y golpes de palo de los camareros que lo ahuyentaban. Es la excitación de la incertidumbre y el caos, las hogueras estallan cargadas de petardos, los fuegos artificiales explotan por encima de nosotros, las briznas de paja ardiendo, rebufan con el viento encendiendo todo el aire. Bajo este espectáculo apocalíptico los devotos rodean las hogueras caminando en silencio, ausentes del ruido exaltador de los petardos y de las chispas que les chamuscan la piel.

Hoy, el segundo día de Holy, todo se ha levantado salpicado de colores. Nos recomiendan que miremos por la ventana antes de aventurarnos a salir a la calle. Pequeños y mayores se persiguen lanzándose agua y *gulal*, polvo de colores. Todo está chapoteado de colorines. Las vacas y los elefantes caminan atemorizados y un remolino de hombres corre enardecido coloreando todo lo que encuentran a su paso. Turistas, animales, vehículos y paredes abandonados a la suerte de un rebaño alegremente embriagado que libera furia reprimida y emociones etílicas con el pretexto de la festividad. Decidimos gozar del espectáculo desde la azotea, y por sorpresa descubrimos el escondite de las chicas. Otra celebración del Holy cien metros más arriba de la riada desbocada, donde las mujeres de las familias juegan felices, madres, abuelas e hijas se pintan delicadamente lejos de la enajenación masculina. Chillan

emocionadas con los saris empapados de *gulal*, contagiándose las risas inocentes de una energía inagotable. Horas más tarde, la ciudad ha quedado bajo un silencio impresionante, pensamos que todos han agotado sus fuerzas, pero es el críquet el que ha conseguido vencer las tradiciones. Suspiros al unísono salen de las tiendas que tienen aparato de televisión, las calles han quedado abandonadas y en las escaleras del lago las chicas lavan las ropas teñidas, algún trasnochador se afana en descolorarse para poder animar bien limpio las jugadas de su país en las semifinales.

Día de movernos. Siete horas entumecidos dentro de un montón de chatarra que cruza el Rajastán y nos acerca a Pushkar. Echaremos de menos estos viajes. Comprimidos en un reducido espacio, abandonamos el cuerpo a los baches, este balanceo continuo y la monotonía de un paisaje árido abarrotado de bloques de mármol, nos deja en un estado abstraído, se nos escapa el pensamiento, ausentes del mundo gozamos de una lluvia de ideas y recuerdos internos que nos hacen deslizar el tiempo. Retomamos la conciencia sorprendidos por una ráfaga de viento polvoriento y cálido, un remolino que rebufa removiendo la tierra y luego desaparece. Camellos, camellos de carga que nos alcanzan andando con un cruce de piernas airoso, el cuello y el labio inferior cogen el ritmo de este movimiento dándoles una expresión burlesca. Ningún otro elemento ha desvelado nuestra letargia mental. El autobús se detiene delante de un templo engalanado con miles de bombillas de colores, una atracción de feria que ilumina las calles estrechas de este pueblo sagrado. Dice la leyenda que Pushkar surgió cuando el dios Brahma lanzó una flor de loto desde el cielo, quería matar a un ser endemoniado que vivía en estas tierras; cuando la flor cayó en medio del desierto, brotó un lago sagrado, el nombre de este pueblo es “flor lanzada con la mano”. Se cree que durante la luna llena de los meses de octubre y noviembre, las aguas del lago purifican, miles de devotos llegan de todo el mundo para limpiar su alma. Los sacerdotes guardan celosamente los quinientos templos blancos y los cincuentidós escalones sagrados.

Los hay que recriminan a las parejas de viajeros que se abrazan encandilados bajo el aleteo de los pelicanos, otros repintan con cuidado las normas de alrededor del lago, no se puede fumar, beber ni comer, queda prohibido tumbarse a menos de cuarenta pies del lago o hacer fotografías, y hay que descalzarse para cruzar el puente sagrado. Los sacerdotes más autoritarios, conquistan a los viajeros recién llegados que no llevan el pasaporte atado en la muñeca, después de un monólogo conmovedor sobre el respeto a los dioses y las suertes de las vidas, sonsacan las rupias que pueden para hacerte lanzar una flor al lago y pintarte la frente; el cordel rojo de la muñeca discrimina las presas chantajeadas moralmente.

Saludamos unos *shadus* que se sientan fumando *chillum*, nos enseñan con orgullo el manojito de anillas que perfora el lóbulo de sus orejas, es la señal que los hace devotos de honor de una deidad concreta. Uno de ellos pasea una vaca sagrada, le cuelga una quinta pata por detrás del cuello y esta mutación, aún la hace más sagrada. El ambiente es desconcertante, los puestos de flores y polvo para las ofrendas, han modificado el inventario incorporando ropa hippie, marihuana y guías de viaje. La música tecno se mezcla con el recitar de los vendedores y la música del templo. El efluvio de las calles es ofensivo, sólo conseguimos engañar al olfato oliendo el humo que desprenden los pucheros de freír y la niebla de los porros. Excrementos y desperdicios se amontonan en la zanja del alcantarillado, vacas y burros yacen sin aliento mientras una manada de cerdos se pelea para descuartizar el cuerpo de un perro muerto. Una plaga de moscas y mosquitos buscan el calor de los cuerpos y en medio de este revoltijo, sale el desfile nocturno, la carroza del templo de Vishnu se pasea por todo el pueblo. Caballos enjaezados, músicos de orquesta con trompetas, clarinetes, tambores y platillos, repiten sin parar la misma tonada, sacerdotes que danzan con los pies, enfermos que siguen el séquito murmurando plegarias y lo más sorprendente, todo se ilumina con una veintena de fluorescentes portátiles, el generador eléctrico cierra la comitiva cargado sobre una especie de tractor; un par de chicos caminan liberando con paciencia los quilos de cable eléctrico que

llevan enrollados en el cuello. El oficio más curioso es el del hombre que se dedica a levantar los cables eléctricos de las calles del pueblo, los iza con un palo de madera para que no tropiecen con la imagen o con el paraguas del dios. El orador y el pianista andan de costado, llevan el micrófono y el teclado sobre un carro y cantan y tocan sin pararse. Devotos, forasteros y animales quedamos embelesados por un espectáculo de luz y sonido fascinante, compartiendo la extraña sensación de estar allí. Una unión comparable a la fiesta de tambores que cada tarde acompañan a la puesta de sol, aquí donde todas las creencias se hermanan maravilladas por la belleza de las postreras luces del astro sobre el lago de Pushkar. Breves instantes de silencio y vuelta a resurgir el mercadeo frenético, chicas que pintan las manos, niñas que piden jabón, ofertas de safaris con camellos... un martilleo constante de insistencia bajo una tierna mirada que enciende una especie de amor y odio que nos mantiene en el equilibrio ambiguo de no dejarnos definir.

El criquet vuelve a barrer la vida de las calles, decenas de hombres se han pasado el día inmóviles delante de los puestos con televisión, hay un tenso ambiente, es la final contra Australia y parece que nadie respira, sólo las vacas pasean tranquilas, lamiendo con apetencia los platos sucios que se amontonan delante de los restaurantes.

Nos despedimos comiendo el *paan*, una mezcla de hojas secas, simientes y menta que hace digerir y fortalece las encías y los dientes. El delirio ya empieza observando el ritual de la preparación, visualizamos un hombre recostado delante de un armario encastrado en la pared de la calle principal; se sienta con las piernas cruzadas embadurnando hojas verdes, las coge de un caldero lleno de agua donde las tiene en remojo, las cubre con cremas y dulces abriendo y cerrando los potes de las especias con un cariño especial; delicadamente deja secar cada capa y desmenuza hierbas secas, con sumo cuidado lía el fardel y nos lo ofrece con una reverencia. Se trata de mantener esta bola verde entre los dientes y la pared del carrillo, succionando poco a poco hasta que se vaya deshaciendo y nos podamos tragar la hoja. Delante las caras de expectación de los clientes habituales, nos colocamos el mejunje intentando no hacer demasiadas muecas, es un nuevo sabor, entre miel y colonia, después de unos momentos de silencio vuelven las sonrisas ante nuestra expresión de aprobación. La boca y el aliento han quedado bien frescos y seguramente nos ha ayudado a digerir ya que hace más de una hora que sorbemos sin abrir boca.

Tampoco pasamos por alto el gusto del *Jack fruit*, hacia meses que lo buscábamos y ahora que ya habíamos desistido mas resignados que convencidos, parece que ha venido a nuestro encuentro. Justo al bajar del tren nocturno que nos devolvía a Mumbai, hemos tropezado con un chico cargado con una especie de melones gigantes recubiertos de ampollas, nos cierra el paso casi leyéndonos el pensamiento y nos obsequia con un pedazo de esta fruta de pulpa amarilla y de gusto de resina dulce y chirimoya.

Pasamos la última noche en el país, sentados delante de la bandera India que ondea en la pantalla del cine, aturdidos por el sonido estridente del himno grabado en una cinta de cassette. Está a punto de comenzar la película Chicago. Damos una ojeada fugaz a nuestro alrededor, la sala está llena de juventud urbana de buena casta, que se planta rígida delante este símbolo nacional y a la vez desafía los comportamientos y las vestimentas impuestas por la tradición. Las chicas con tejanos y camiseta ajustada al cuerpo, se abrazan a sus compañeros perfumados con jerseys de manga ancha, que atienden desesperados las llamadas del móvil, hablan en voz alta silenciando el musical, haciendo uso de la lengua inglesa. Reconfirmando esta mezcla de imitaciones, nos saluda una turista de facciones nórdicas guarnecida con un sari, flores en la cabeza, el *bindu* pintado en la frente, y brazaletes de colores, todo el paquete de la mística hindú. Con la cabeza recostada y a pié de carretera, centenares de familias se duermen contando los zapatos de charol que bajan las escaleras del cine y se suben a lujosos automóviles. No es preciso ahondar demasiado, cualquier escena es un claro reflejo de la eterna controversia de este país, un desequilibrio pacífico que se vale de

la resignación ingenua de las almas que viven atareadas untando imágenes y consagrando sus actos a los dioses.

Un país disparatado, lleno de buena gente que nos ha cautivado y sacudido todos estos meses, y ahora que nos marchamos, nos duele el vernos incapaces de definir el resabio que nos ha dejado. Seguramente nuestras percepciones están sesgadas por el talante del que se ha criado en otra tierra, pero lo que hemos vivido aquí, ha sido punzante. Podemos ablandarnos recordando las caras de las abuelas que se sientan cerca del templo; la desazón de todos los compañeros de tren para hacernos partícipes de sus creencias, el interés de todos los jovencitos por espiar a través nuestro un estilo de vida estrambótico, las miradas de las vacas sabias, las sonrisas de los pequeños y todos los dulces i *chais* que nos han ofrecido sentados en el suelo de unos hogares desconocidos; momentos de silencio donde nadie entendía ni un ápice del habla del otro, pero que tampoco era necesario ya que no había nada que decir. Pero justo cuando nos asaltan todos estos recuerdos mezclados con el olor de especias, el humo de los fritos, la algarabía infinita y el movimiento de las teles de colores, sentimos el llanto y los golpes secos del bebé que rebotaba contra el suelo de la estación de Andheri east; su hermana de pocos años lo tenía cogido por la cintura y lo abatía contra el suelo en un intento desesperado de hacerle callar; vemos aquel chico mutilado delante del templo de Trichy, moviendo grotescamente los pocos trozos de cuerpo que lo mantienen boca abajo, atado con cadenas de hierro delante del plato de las rupias, vemos a los niños de Kanniyakumari cargando a sus familiares mutilados y soleados después de haber pasado todo el día decorando la entrada del templo; todas las criaturas que nos han tirado de la manga llenos de suciedad y heridas purulentas, las miradas oscuras de las personas que hurgan entre las basuras y el ahogo pestilente de las aguas residuales que bañan los *slums*.

Pero cuando esta rabia incongruente nos empieza a doler, volvemos a reencontrar la gracia de los movimientos de cabeza de la gente india cuando asienten, el tacto de la mano del señor del templo de Munnar y las palabras serenas de la madre Isabel.

El reportaje: Las religiones en la India

El panteón de las diversas divinidades religiosas que hay por todo el país, se pone de manifiesto en cada uno de sus rincones. No solamente las podemos hallar en los miles de templos que hay en la India, sino en lugares tan curiosos como en las tiendas callejeras, en el interior de los rickshaws, autobuses y coches, incluso en los paquetes de bidi (tabaco) y en las cajas de cerillas. Y es que son tantas las religiones que se agrupan, que cualquier espacio es bueno para patentar su validez y fidelidad.

Después del Hinduismo, religión de la que tanto hemos hablado y que ocupa la primera posición en adeptos con el 85% del total de la población, se encuentra el Islam, una religión seguida por los musulmanes y que ocupa el segundo lugar con un 10% de fieles. Los primeros musulmanes que se aposentaron en la India, fueron comerciantes llegados de la costa sur en el siglo VII en busca de madera para la construcción de embarcaciones. Muchos de ellos terminaron echando raíces casándose con gente hinduista, budista o jainí, provocando que su comunidad se fuera expandiendo de tal forma que actualmente encontrar mezquitas es tan habitual como encontrar otro tipo de templos. Se trata de una religión que profesa el culto a Mahoma, el cual transmitió a la humanidad una perfeccionada y definitiva revelación divina a través del Corán, los escritos de la recitación revelados por dios, y que obliga a sus fieles a rezar cinco veces al día, ya sea en su casa o en una mezquita, y siempre de cara a La Meca. La tercera religión en número de adeptos, es el Budismo, que durante varios siglos dominó la India hasta que en el siglo V quedó eclipsada durante la época de la conquista musulmana. Hoy en día, los budistas constituyen una pequeña porción de la población. No obstante, una

serie de magníficos monumentos que hay esparcidos por el país, como las cuevas de Ajanta y Ellora, o en las formidables stupas de Sanchi, son un claro testimonio de lo que esta cultura representó para la India. Esta religión carente de dios, fue fundada por Siddhatha Gautama, conocido con el nombre de Buda (“El que está despierto”).

Con sólo el 1% de fieles del total de habitantes del país, la influencia del Jainismo se ha notado durante un mínimo de 2500 años. Se trata en una religión centrada en la no-violencia y es tan similar al hinduismo (tienen un gran respeto por la naturaleza y por la paz), que muchos de sus fieles han terminado convirtiéndose en hinduistas.

En quinto lugar encontramos la religión Sijs, la más joven de la India. Su fundador el guru Nanak, consideró a muchas de las divinidades creadas por el Hinduismo y el Islamismo como los diferentes nombres de un dios supremo, y obligó a sus seguidores a trasladar el énfasis religioso del ritual en la meditación. Su deber es tener siempre presente el nombre de dios, ganarse la vida honestamente y hacer caridad, su ideal es no estar contaminado por ninguno de los cinco impulsos malignos, que son la lujuria, la codicia, las ataduras, la ira y el orgullo. Por último, encontramos el Cristianismo, una religión de la que se calcula que su número asciende a un total de dos millones de personas. El apóstol Tomás, fue quien en el año 52 d. C. la introdujo en la India. Actualmente la figura de la Madre Teresa de Calcuta es el icono que representa toda la esencia de esta religión en la India.

Consejos y curiosidades

Como muy bien nos dijo Koldo, un viajero de Bilbao que conocimos en Udaipur, durante la visita a un país como la India, uno no debe esforzarse en querer comprender nada; Lo único que debe hacer es mantenerse joven, con los ojos bien abiertos dejándose llevar por la gente y por las sorpresas que se sucederán durante el camino.

Coordinación técnica: Xavier Mas Planella

Redacción de la crónica: Olga Tenas Marquet

Reportaje, consejos y curiosidades: Albert Soler Casas

Fotografías y pie de fotos: Francesc Xavier Bonada Tenas

Traducción al castellano: Josep Tenas Bartrina